



El escritor checo Franz Kafka posa en una imagen tomada en Praga entre los años 1920 y 1921.

EL PROCESO

Una lectura de la obra de Franz Kafka en estos tiempos de “la ley es la ley” y “hay que acatar y respetar las decisiones judiciales”.

Javier Valenzuela

Mi abogado me recomienda encarecidamente que no escriba esto. Al hacerlo, dice, solo agravo mi caso, añado el desacato a mis otros delitos, le privo de la posibilidad de concluir su alegato solicitando la clemencia del tribunal. Reforzada por la contumacia y la desfachatez, mi culpabilidad será aún más escandalosa. Y sin embargo, le respondo, voy a escribirlo. Aquí va: sí, sé que tengo que cumplir todas las leyes... aunque muchas no las considere justas; sí, sé que tengo que humillarme ante los magistrados si me llaman a su presencia... aunque a algunos no les tenga en mi fuero interno el menor aprecio moral e intelectual; sí, sé que tengo que acatar sus decisiones... aunque bastantes no me parezcan juiciosas. Si no lo hago así, si no cumplo, me humillo y acato, sé que sobre mí caerá el peso coercitivo del Estado. Un peso muy grande.

Vivo en un país donde la ley es la ley y hay que cumplirla a rajatabla si no tienes la fortuna de pertenecer a la minoría de los inviolables. Un país cuya alma oficial es fría y del color del acero, como bien saben los desahuciados, y donde los jueces son el primer poder fáctico del Estado y el segundo de la sociedad, tras los banqueros. Un país donde la gente ataviada con toga puede hacerte pasar años en prisión antes de que otros magistrados, quizá residentes en la lejana ciudad de Estrasburgo, dictaminen que jamás deberías haberla pisado. Un país, soy consciente, como tantos otros. Como la inmensa mayoría.

Josef K. también vivía en un país así. Se llamaba Bohemia y, allá a comienzos del siglo XX, formaba parte del Imperio Austro-Húngaro. Él era un empleado de una entidad bancaria y su historia la contó un judío de Praga llamado Franz Kafka en una novela titulada *El Proceso*. Así comienza esta historia: “Alguien tenía que haber calumniado a Josef K., pues fue detenido una mañana sin haber hecho nada malo.”

Señorías, ustedes pueden pensar que quizá Josef K. había cometido algún delito sin ser consciente de ello –hay tantas leyes que resulta imposible no violar alguna de ellas, decía Voltaire–, pero que muy pronto alguien –la policía, la fiscalía, el juez– le informaría de cuál era la fechoría concreta que se le imputaba. Pues no, en el relato de Kafka, Josef K. camina por el túnel cavernoso de su proceso sin llegar a saber nunca de qué es acusado. Una y otra vez, el burócrata tiene que defenderse de algo oscuro, indeterminado, fantasmal. Que él no conozca la naturaleza exacta de su presunto crimen se convierte para sus acusadores en una prueba adicional de su culpabilidad.

¡Ah, te hemos pillado!, me dirán ustedes. El Josef K. que mencionas es un personaje imaginario, tan solo el protagonista de una obra de ficción escrita, muy probablemente, por un autor perturbado. Sin duda, Josef K. es un ser de papel, señorías, pero, con su venia, quiero señalarles que su autor, el denominado Kafka, sabía bastante bien de lo que hablaba: era doctor en Derecho por la Universidad más antigua de Europa central, la Universidad Carlos de Praga, y ejercía de abogado especializado en cuestiones de seguros, al principio en una empresa privada, luego en el seno de la administración pública.

En *El proceso*, Kafka hizo viajar a su personaje de ficción por los vicisitudes de una pesadilla, la judicial, que conocía muy bien. Una pesadilla, añado yo, sufrida ayer y hoy por millones de personas de carne y hueso. Esa situación terrible en la que el individuo se siente mísero y desvalido frente a un poder ceñudo, arrogante e inmisericorde, un poder dotado de la capacidad de hacerle perder su libertad, su patrimonio y hasta su vida. En nombre, por supuesto, del bien común.

A ese poder, al que ustedes pertenecen, señorías, le gusta presentarse como ciego, y lo cierto es que puede serlo para la gran mayoría de nosotros. No es necesario que tenga algo personal contra ti para arruinar la vida. Puede tenerlo –puede que no le gusten tu aspecto, tus ideas o tu forma de vida–, pero perfectamente puede no tenerlo. >

Vivo en un país donde la ley es la ley y hay que cumplirla a rajatabla si no tienes la fortuna de pertenecer a la minoría de los ciudadanos inviolables

De hecho, ese poder alcanza su majestad más satánica al mostrarse tan indiferente a las emociones como la lámina de una guillotina. Kafka lo deja muy claro al final del capítulo *En la catedral*, cuando el capellán de la prisión le dice a Josef K.: “El tribunal no quiere nada de ti. Te recibe cuando vienes y te despide cuando te vas”.

Si me permiten abusar de su paciencia, les diré que creo que la historia que cuenta *El proceso* es la de esa derrota que el individuo tiene asegurada de antemano cuando comparece frente a los hombres y mujeres que han sido proclamados sumos sacerdotes del bien común. Y puedo asegurarles que la certeza de esa derrota infunde un miedo cerval al común de los mortales. “Abogado, juez y doctor, cuanto más lejos, mejor”, se dice en mi lengua, que, aunque con frecuencia no lo parezca, también es la suya, señorías.

La novela *El proceso* fue publicada en 1925 por Max Brod a partir de un manuscrito inconcluso de su amigo Kafka, fallecido el año an-

mientras que el otro le clavaba el cuchillo en el corazón, retorciéndolo dos veces. Con ojos vidriosos aún pudo ver cómo, ante él, los dos hombres, mejilla con mejilla, observaban la decisión.

—¡Como a un perro! —dijo él. Era como si la vergüenza debiera sobrevivirle.”

Casi un siglo después de la primera publicación de esta obra, confieso, señorías, que le encuentro semejanzas con el presente. Semejanzas de fondo, no formales, que ya sé que ustedes, aunque sigan vistiendo togas con puñetas, no me aceptarán comparaciones con la Inquisición, Stalin, Hitler o Franco. Soy consciente de que el mero hecho de haber citado tales nombres en este escrito puede acarrear nuevos problemas. Ustedes tienen para lo suyo una sensibilidad a flor de piel.

Permítanme que me explique. Ya sé que ustedes se proclaman servidores de un Estado democrático, y que así son presentados por

¿Qué culpa tienen sus señorías de que las leyes les obliguen a enviar a la cárcel a titiriteros? ¿Qué culpa tienen de que les conduzcan a fallar siempre a favor de la banca y en contra de las personas?

terior cuando estaba a punto de cumplir los 41 años de edad. Con frecuencia se ha observado que su onírica y angustiosa realidad evoca los métodos de la Inquisición para arrancarles a sus víctimas la confesión de culpabilidad a cambio de la promesa del final de las torturas. Y que anticipa los horrores que muy pronto se materializarían en la Europa de los regímenes totalitarios, la Europa de las purgas de Stalin, la Gestapo de Hitler y el Tribunal de Orden Público de Franco.

No me parece casual, señorías, que *El proceso* fuera escrita por un judío, un miembro de una comunidad secularmente puesta bajo sospecha en la Europa cristiana. En este relato, Kafka presenta a su procesado imaginario, Josef K., violado en su dignidad y su intimidad desde el momento mismo en que un togado se interesa por él, y con muchas probabilidades, sino todas, de ser condenado por su innominado crimen. Un escenario que, permítanme recordárselo, los judíos de nuestro continente conocían demasiado bien.

El mundo está lleno de perturbados, bien lo saben ustedes que se ganan el pan poniéndolos entre rejas. Lo digo porque, a lo largo del siglo XX, no faltaron quienes hicieron suya la visión de la realidad ofrecida en *El proceso*, entre ellos anarquistas, existencialistas y otras gentes de mal vivir. Albert Camus se inspiraría en ella para *La Peste* y Elias Canetti afirmaría de Kafka era el escritor que mejor había expuesto la realidad del poder desde el punto de vista de quien lo padece. Ese poder que cosifica al ser humano, que destruye su individualidad para disolverlo en la masa resignada de los que tienen que cumplir la ley al pie de la letra.

Voy a hacerles eso que ahora se llama un *spoiler*. El relato de Kafka termina cuando dos guardias vienen a buscar a Josef K. y lo conducen a las afueras de la ciudad para ejecutarle. El telón está a punto de caer y Josef K. ya solo aspira a poner fin a la pesadilla, solo desea facilitar la tarea de sus verdugos. Ha terminado por asumir que es culpable. Sigue sin saber de qué, pero culpable. Sin atenuantes ni eximentes.

Este es el último párrafo de la historia:

“Pero las manos de uno de los hombres aferraban ya su garganta,

los políticos y aceptados por la sociedad. Pero a mí, para qué voy a ocultarlo, me parece que el carácter nada, poco o mucho democrático del Estado del que ustedes forman parte es irrelevante respecto a la cuestión de fondo planteada en la historia de Kafka. Sentado ante ustedes en este banquillo, me siento como Josef K. en el desaparecido reino de Bohemia. Me siento como un perro.

Siento como él que ustedes han invadido mi rutina, me han secuestrado —con todas las de la ley, por supuesto— y me han introducido en su hermética y angustiosa pesadilla burocrática. Siento como él que no tengo nada que hacer ante sus señorías, que lo mejor es no intentar defenderme y someterme humildemente a sus designios. Ustedes, los jueces, son lo más próximo a un dios que existe en esta tierra.

Ustedes son una casta por encima del resto de los mortales. No se les puede criticar; si alguien lo hace, se ponen como una hidra, y eso da mucho susto. Ustedes son corporativos, ninguno comete errores, todos son seres angelicales, intachables e infalibles. Ustedes exigen respeto reverencial a sus decisiones, aunque, en mi modesta opinión, el respeto, como el amor o las creencias, pertenece a la esfera íntima del individuo y nadie debería imponérselo. Ustedes, además, están crecidos: la actual deriva autoritaria sopla en su favor.

Veo que me están fulminando con la mirada, que no voy a poder seguir escribiendo mucho más. Anticipo lo que están pensando: ustedes solo aplican las leyes. ¿Qué culpa tienen sus señorías de que esas leyes les obliguen a enviar a la cárcel a titiriteros y a empujar al exilio a humoristas y cantantes? ¿Qué culpa tienen de que les conduzcan a fallar siempre a favor de la banca y en contra de los ciudadanos? ¿O de que les fuercen a expulsar a porrazos de sus viviendas a familias que no pagan las hipotecas? ¿O de que tribunales de otros países disientan de sus sentencias políticas? Pues bien, permítanme recordarles que el barón de Montesquieu, ese filósofo al que tanto gustan citar gentes que jamás lo han leído, ya decía en el siglo XVIII: “No existe tiranía peor que la ejercida a la sombra de las leyes y con apariencias de justicia”. ■